

Cayó Papantzin; atónito
 El gran Moteuczoma queda,
 Y ni una sílaba escasa
 Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona,
 Nublada la frente régia,
 Dando en el rostro señales
 De lo que en su pecho lleva.

Que hay sensaciones tan hondas
 Que no en frases se revelan,
 Que pesan tanto en el alma
 Que dentro el alma se quedan.

Salió sin mirar á nadie,
 De casa de la princesa,
 Y retiróse á un palacio
 Que triste y de luto era,

Donde pasó largos días
 Y largas noches inquietas,
 A acerbo ayuno entregado
 Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

Tornar á la patria un día
 Pero de la patria digno
 O perecer en la lucha
 Si no puede conseguirlo.
 Añaden las barcas, y el fuego
 Alumbra el mar cristiano

SEGUNDA PARTE.

Con brillante colorido
 Como una aurora de gloria
 Que anuncia, tras de un martirio
 Largo y penoso, felices
ROMANCE I

LA RECEPCION.

Por los siglos de los siglos
 Entre un mar surcado apenas
 Y un mundo desconocido,
 Hernan Cortés, temerario,
 Manda quemar sus navíos.

Un puñado de valientes
 Contempla tanto heroísmo,
 Y cada cual se propone
 Volver al suelo nativo;

Tornar á la patria un día,
 Pero de la patria digno,
 O perecer en la lucha
 Si no puede conseguirlo.

Arden las barcas, y el fuego
 Alumbra el mar cristalino
 Reflejándose en las nubes
 Con brillante colorido,

Como una aurora de gloria
 Que anuncia, tras de un martirio
 Largo y penoso, felices
 Años en ventura ricos.

Y que los nombres de aquellos
 Soldados esclarecidos,
 Vivirán eternamente
 Por los siglos de los siglos.

Viniendo de Ixtapalapan,
 Pasado Mexicaltzingo,
 Coyohuacan y Mixcoac,
 En un punto en que el camino.

Se parte en dos, se detuvo
 Aquel ilustre caudillo
 Que un mundo arrojó valiente
 A los piés de Cárlos quinto.
 Hernan Cortés, rodeado
 De un ejército mezquino
 En número, pero grande
 Por lo bravo y aguerrido,
 Recibió los parabienes
 De dos mil guerreros indios,
 Que en nombre de su monarca
 Salieron á recibirlo.

Todos esmeradamente
 Alhajados y vestidos,
 Pasaron ante sus ojos
 Humillándose sumisos,

Tocando la tierra, y luego
 Besándose al punto mismo
 Las manos, que entre ellos era
 La ceremonia de estilo.

Terminado este aparato,
 Siguió su marcha el altivo
 General, y á media legua
 De México tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac
 Ir á su encuentro ha querido,
 Para rendirle homenaje
 Y admiracion, de que es digno.

Hombre que así se rodea
 De tal fama, y tal prestigio
 Ha conquistado en sus vastos
 Y poderosos dominios.

En una litera hermosa,
 De cedro en labores rico,
 Y reforzado con planchas
 De plata y oro bruñido,

Bajo un parasol que forman
 Cuatro abiertos abanicos
 De plumas rojas y verdes
 Sujetas con blancos hilos,

Que en el vértice, entre piedras
 Que roban al sol su brillo,
 Tiene una águila afianzando
 Negra culebra en el pico,

Apareció el rey de Anáhuac
 Con aire grave y tranquilo,
 Sofocando de su pecho
 El tumultuoso latido.

Más de doscientos señores
 Profusamente vestidos,
 Pero descalzos y andando
 Por los lados del camino,

De respeto en señal, iban
 De tres nobles precedidos
 Que llevaban en las manos
 Tres barras de oro esculpido;

De la majestad presente
 Para el pueblo claro indicio,
 Pueblo que á su rey seguia
 Sin penetrar sus designios,

Como su rey temeroso,
 Y como un rey abatido,
 Y enclavados en el suelo
 Los húmedos ojos fijos.

Cuando cerca uno del otro
 Aquellos dos enemigos,
 (Que tal vez nunca lo fueron
 Según parece en los libros),

Se avistaron, un instante
 Hirvió confuso el gentío,
 Cada cual buscando ansioso
 Mejor puesto y mejor sitio;

Y aztecas y castellanos
 Admiraron su atavío,
 En tanto se detuvieron
 El rey y el soldado ínclito.

Del brindon bajóse el uno
 Con muestras de regocijo,
 Y de la litera el otro
 Con el semblante tranquilo;

Dejando mirar empero,
 En sus ojos, repentino
 Pavor que tras de los párpados
 Procura esconder solícito.

Que al ver tan de cerca al hombre,
 Héroe de tantos prodigios,
 Siente á su pesar que eriza
 Su cuerpo un escalofrío,

Y que le tiemblan las piernas
 Y le zumba en los oídos
 Con acento pavoroso
 La voz de sus adivinos.

Y de Papantzin se acuerda,
 Papantzin que en el recinto
 De Tlaltelolco, aun asusta
 A los que muerta la han visto;
 Papantzin, que vive sola,
 Y que absorta en su retiro
 Ve realizado el sueño
 Que le embargó los sentidos.



Cortés ante Moteuczoma,
 Gallardo, aunque conmovido,
 Hizo un saludo profundo,
 Y el monarca hace lo mismo;

Cortés le cuelga en el cuello
 De grandes cuentas de vidrio
 Un engarzado rosario
 Que desde Europa ha traído,

E intenta abrazarlo, pero
 Se le oponen los ministrós;
 Que fuera gran desacato
 Esa muestra de cariño.

¡Quién entonces les dijera!
 ¡Ay, quién les hubiera dicho
 Que ha de sujetarlo un día,
 No con los brazos amigos,

Sino en oscuro aposento,
 Con eslabonados grillos!
 ¡Quién entonces lo dijera!
 ¡Quién se los hubiera dicho!

El monarca con los ojos
 Le dió las gracias al ínclito
 Español, por esa muestra
 De afecto no permitido.

Y recompensa, riendo,
 Al obsequioso caudillo,
 Con dos collares de nácar
 Hechos con gusto exquisito,

Del cual pendían algunos
 Cangrejos de oro macizo,
 Del natural imitando
 Las formas y el colorido.

Después de breves arengas,
 En que se dieron recíprocos
 Parabienes por la honra
 Que al mirarse han recibido,

Se separaron entrambos
 Tomando rumbo distinto,
 El uno asaz caviloso
 Y el otro asaz pensativo.

El rey, para dirigirse
 Vía á su alcazar, seguido
 De sus nobles y guerreros
 Que le acompañan mohinos;

Y Cortés con Cuitlahuatzin
 Del rey hermano querido,
 Y que con los españoles
 Desde Ixtapalapan vino,

Hacia un cercano palacio,
 Murado y fuerte edificio
 Que supo admirar cual siempre
 Por lo grande y por lo limpio,

Y al cual entró con sus tropas,
 Como ellas envanecido,
 En medio de un populacho
 Que el aire aturde con gritos.